

El Partido Comunista Revolucionario (PCR) y la discusión estratégica en los '70.

Guido Lissandrello.

Cita: Guido Lissandrello (2013). El Partido Comunista Revolucionario (PCR) y la discusión estratégica en los '70. *X Jornadas de Sociología*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <http://www.aacademica.org/000-038/284>

X Jornadas de sociología de la UBA.

20 años de pensar y repensar la sociología. Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI 1 a 6 de Julio de 2013

Mesa: 19 “Estudios sociológicos e históricos acerca de las izquierdas y el movimiento obrero en la Argentina, 1880-1976”

El Partido Comunista Revolucionario (PCR) y la discusión estratégica en los setenta (1967-1972)

Guido Lissandrello (CEICS – FFyL-UBA)

Introducción

La década de 1970 en la Argentina estuvo signada por una creciente conflictividad social. Las contradicciones económicas propias de la estructura capitalista del país comenzaron a generar un creciente malestar. En ese marco, una importante insurrección de obreros y estudiantes cordobeses, acontecida el 29 de mayo de 1969, significó la apertura de una nueva etapa política. El hecho se reprodujo en diferentes provincias (Rosario, Viborazo, etc.) evidenciando el surgimiento de una tendencia insurreccional de masas, que comenzaban a descreer de la eficacia de los canales institucionales (partidos burgueses y sindicatos).

En ese contexto, comenzaban a surgir y/o consolidarse diversas organizaciones políticas de izquierda que se disputaban la dirección de las masas, a fin de conducir las hacia una salida revolucionaria. Muchos de estos destacamentos políticos recibieron la influencia de la exitosa Revolución Cubana. Esa experiencia parecía evidenciar la efectividad de una estrategia basada en la construcción de un foco guerrillero que asumiera la lucha armada contra el gobierno. Las dos organizaciones más destacadas fueron, desde el peronismo, Montoneros y, desde la izquierda marxista, el Partido Revolucionario de los Trabajadores y su brazo armado, el Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP).

No obstante, hubo también distintas organizaciones políticas que discutieron y rechazaron explícitamente la estrategia cubana de formación de unidades armadas (ya fueran urbanas o rurales, ejércitos o guerrillas). Entre aquellos partidos se destacaron Política Obrera (PO), el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y el Partido Comunista Revolucionario (PCR).

En esta ponencia tomamos como observable al PCR, surgido a fines de los '60 de una ruptura del Partido Comunista de la Argentina (PCA). Tomando como fuente la revista teórica del PCR, *Teoría y Política*, reconstruiremos los debates estratégicos. Nos detendremos primero en la discusión sobre el pacifismo que llevó a la ruptura del PCA, para luego enfocar el grueso del trabajo en la disputa por la estrategia del PCR, donde encontramos al menos tres tendencias definidas. Por último, esbozaremos el camino que llevó a saldar el debate a favor del insurreccionalismo. De este modo, creemos contribuir al

conocimiento de una estrategia, la insurreccionalista, que ha sido relegada por la historiografía, abocada mayoritariamente al estudio de los destacamentos político-militares.¹

La opción por la vía violenta y la ruptura del Partido Comunista

Hacia 1967 comenzaba a manifestarse una creciente disconformidad dentro de las filas del PCA, fundamentalmente en su Federación Juvenil (FJC). Se criticaba cada vez más abiertamente la línea estratégica oficial del Partido. La cuestión central que dividía las aguas era el carácter pacífico o armado de la revolución en la Argentina.

La discusión tenía dos antecedentes. Por un lado, la línea adoptada en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), celebrado entre el 14 y el 16 de febrero de 1956 bajo la dirección de Nikita Krushev. Aquel Congreso plantea dos tesis: la “coexistencia pacífica” entre socialismo y capitalismo y la “vía pacífica” para la transición entre un sistema y otro. Ambas ideas apuntaban a sostener que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) no necesariamente debía exportar la revolución a otros países, sino que la propia competencia pacífica entre los “mundos” capitalista y socialista conduciría lenta y gradualmente hacia el triunfo del segundo. Ello implicaba que no debía adoptarse una estrategia que contemplara la violencia (no habría ni insurrección armada ni guerra civil), sino que debía confiarse en el parlamentarismo y las reformas graduales para ir acumulando fuerzas y lograr revertir la correlación en contra del capitalismo. El otro antecedente fue el triunfo de la Revolución Cubana en 1959. Este hecho parecía discutir las concepciones del XX Congreso del PCUS, demostrando no sólo la posibilidad de la vía violenta, sino su eficacia como estrategia para el triunfo de la revolución. En efecto, al calor del ejemplo cubano comenzaron a proliferar en toda América Latina las formaciones guerrilleras irregulares.

Los jóvenes militantes nucleados en la FJC del PCA hicieron cada vez más explícita su disconformidad con la línea estratégica. La naturaleza del problema se encontraría en el creciente revisionismo del PCUS que habría “exigido” un replanteo o “adecuación” de la táctica de la revolución proletaria mundial. En un artículo de la revista *Teoría y Política*, escrito a posteriori de la ruptura, se indica que el principal eje de la discusión era la llamada vía pacífica:

“Es cierto que el marxismo no niega la posibilidad excepcional del acceso pacífico al poder, pero lo hace desde la definición de la regla: para acceder al poder, hay que destruir por la violencia al Estado de las clases dominantes.

¹En los últimos años han proliferado los estudios sobre la intervención de las organizaciones de izquierda en la Argentina de la década del '70. Los estudios se han concentrado en las organizaciones que asumieron la lucha armada, siendo los trabajos más representativos: Carnovale, V. (2011). *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*, Buenos Aires: Siglo XXI; Caviasca, G. (2006) *Dos caminos. ERP-Montoneros en los setenta*. Buenos Aires: Ediciones del CCC; Mattini, L. (2003) *Hombres y mujeres del PRT-ERP de Tucumán a la Tablada*. La Plata: De la campana; Pozzi, P. (2001) *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP. La guerrilla Marxista*, Buenos Aires: Eudeba; Lanusse, L. (2005) *Montoneros, el mito de los 12 fundadores*. Buenos Aires: Vergara; Gillespie, R. (1998) *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires: Grijalbo. Salcedo, J (2011) *Los montoneros del barrio*, Buenos Aires: Eduntref. Sin embargo, han sido relegados por la historiografía los partidos insurreccionales, que alcanzaron una inserción respetable en las masas.

Cabría pues una sola excepción: que la clase dominante decida suicidarse como clase, autodestruyendo su medio de dominio: el Estado. ¿Qué podría inducirla a ese suicidio? El convencimiento de la inutilidad de la resistencia al embate de las fuerzas revolucionarias. Pero, si el capitalismo domina actualmente dos tercios de la humanidad, ¿de dónde surgiría tal convencimiento? [...] ¿O es que por la vía del idealismo subjetivo se aspiraba, y se aspira, a que esta posibilidad excepcional del futuro se transformara en regla del presente para evitar por ese camino que peligre el status quo?” (Petri, 1969: 57)

Quien fuera el referente principal de la corriente disidente, Otto Vargas, sintetizaba de este modo las críticas: “El rechazo a los métodos centralistas burocráticos, antileninistas de la dirección del PC; el rechazo a la línea seguidista de la burguesía de esta dirección; por la vía armada como única vía para el triunfo de la revolución; y en repudio a la línea internacional del PC, especialmente por su posición frente a la OLAS (Organización Latinoamericana de Solidaridad) a la que esa dirección había repudiado.” (Brega, 1997: 31)

Del mismo modo, el testimonio de un militante de la FJC seccional Córdoba enfatiza el carácter estratégico de la discusión:

“a partir del año '67 se da toda una discusión interna en el PC. [...] algunos compañeros de Buenos Aires o Rosario cuando venían por Córdoba venían planteando una serie de cuestiones críticas [...] que había que poner el acento en el movimiento obrero, que la vía de la toma del poder debería ser armada, que el eje era la Revolución Cubana, críticas a Victorio Codovilla, a la colaboración del PC boliviano y la traición de Monje con lo del Che [...] además se los notaba [al PCA] como satisfechos ante la muerte del Che. Decían ‘esto demuestra que nosotros tenemos razón, la línea del partido es justa, la lucha armada, es una aventura pequeño burguesa’.” (Entrevista a “Rubio”, Archivo Oral del CEICS, mayo de 2006)

En suma, la corriente interna del PCA caracterizaba que el partido había adoptado crecientemente una postura reformista que se expresaría con claridad en la defensa del pacifismo. Sin embargo, la voluntad de la esta corriente no era generar una ruptura sino intentar una modificación en la línea estratégica. El partido no fue receptivo a la crítica y terminó expulsando en 1967-68 a cerca de 4.000 militantes, que terminaron por fundar el Comité Nacional de Recuperación Revolucionaria (CNRR) en febrero de 1968. Como se puede apreciar, el nombre elegido evidencia que la voluntad no era constituir un nuevo partido, sino operar sobre el ya existente. La realidad finalmente terminaría por disuadirlos de esa idea y ya para diciembre de 1969 se celebraría el Primer Congreso del flamante Partido Comunista Revolucionario. La ruptura era entonces total y debía comenzar a delinearse una estrategia para el naciente partido.

El nacimiento del Partido Comunista Revolucionario y la discusión por la estrategia armada

La oposición a la vía pacífica al socialismo había logrado aglutinar a un número importante de militantes del PCA que se sumaron a la CNRR. Sin embargo, esa

unidad por oposición generó un debate importante al momento de elaborar una estrategia por la positiva. Detrás de la defensa de la “vía armada” se escondía una multiplicidad de formas de lucha. De este modo, procesada la discusión con el PCA comenzó una nueva tendencia a avanzar en definiciones estratégicas.

Hemos detectado tres tendencias dentro de la discusión por el esclarecimiento del contenido de la “vía armada”. Por un lado, una tendencia insurreccionalista que se definió por la necesidad de la construcción del partido, desarrollo de frentes de masas, la realización de propaganda no armada y el relegamiento de la cuestión militar al momento en que se despliega la insurrección y, posteriormente, la guerra civil. Esta tendencia planteaba que la revolución sería el producto de una insurrección encabezada por la clase obrera, que debía ser dirigida por los cuadros revolucionarios. De allí que las tareas del partido debían estar orientadas a obtener una inserción popular y el despliegue de la propaganda revolucionaria en las masas para preparar la insurrección, a fin de poder dirigir el estallido hacia la toma del poder. En este esquema, la “violencia” no aparecía hasta el momento de la insurrección, con lo cual no sería necesario construir destacamentos armados ni realizar operaciones “guerrilleras”. Esfuerzos de este tipo desviaban al partido de la tarea central de inserción popular y disputa por la conciencia de las masas.

Una segunda tendencia se definía como insurreccionalista, pero contempla como táctica subordinada el desarrollo de acciones armadas de propaganda y abastecimiento, a fin de desarrollar la conciencia de la necesidad de la violencia revolucionaria e ir adquiriendo pericia y conocimiento técnico-militar. Por último, encontramos una tercera tendencia que, más fielmente vinculada a la estrategia cubana, defenderá la necesidad de desarrollar acciones armadas previas a la insurrección y terminará formando grupos armados clandestinos urbanos. Es la tendencia que podemos denominar guerrillera, que romperá con el PCR para formar las FAL.²

Los testimonios que hemos recolectado de miembros destacados del proceso de ruptura y formación del PCR parecen confirmar nuestra hipótesis sobre la configuración de estas tres tendencias. El siguiente fragmento de entrevista denota la existencia de las dos tendencias que defienden, con los ya mencionados matices, la estrategia insurreccionalista:

“Había una discusión adentro del partido. En el partido, Saiegh propugnaba la propaganda armada.³ Nosotros teníamos una división interna, porque algunos estaban de acuerdo con la propaganda armada y otros no. En el camino a la insurrección planteaban la propaganda armada. Nosotros teníamos esa discusión. En contra de Saiegh estaba Otto. Porque Otto planteaba que la propaganda no era armada, la propaganda era propaganda y que el partido comunista bolchevique se había dividido por el responsable de propaganda, lo cual es exacto históricamente. Porque habían puesto un responsable de propaganda y Lenin quería poner otro responsable. Porque la propaganda era

²La sigla FAL refiere a tres denominaciones diferentes Frente Argentino de Liberación, Fuerzas Argentinas de Liberación y Fuerzas Armadas de Liberación. Para un análisis minucioso sobre esta organización político militar véase: Grenat, S. (2010) *Una espada sin cabeza. Las FAL y la construcción del partido revolucionario en los '70*, Buenos Aires: Ediciones ryr.

³La táctica de propaganda armada consiste en la producción de hechos armados que contribuirían al desarrollo de la conciencia de la clase obrera. Generalmente toman como blanco algún personaje, empresa o institución que encarna intereses contrarios a los de los trabajadores.

esencial pero no era armada, en ningún partido del mundo había sido armada. Eso de la propaganda armada era un invento, decía Otto, para llevarnos a la guerrilla y él estaba en contra de la guerrilla. Nosotros no éramos guerrilleros. Estábamos en contra, no de la guerrilla, sino de la lucha armada sin las masas. Estábamos en contra de la lucha armada de elite.” (Entrevista a “José”, Archivo oral del CEICS, diciembre de 2006)

Un segundo testimonio clarifica la existencia de la corriente “guerrillera”:

“Lucho lo que planteaba era que teníamos que funcionar más como habían funcionado los argelinos. Que es lo que él hace después con las FAL, como un movimiento de superficie político, que armara sus socios políticos etc., etc. y un movimiento estrictamente armado y claramente tabicado con el movimiento de superficie, por cuestiones de la clandestinidad, y que empezara con operaciones de guerrilla urbana. Nosotros planteábamos, él planteaba... ahí aparece el debate, lo que se llamaban las operaciones de propaganda armada.” (Entrevista a Sergio Rodríguez, Archivo Oral del CEICS, enero de 2010)

A fin de poder recomponer un panorama general de cada una de las tendencias, hemos realizado un relevamiento de los artículos publicados en la revista *Teoría y Política* que editaba el CNRR/PCR. Sin agotar el problema, que debe aún enriquecerse con nuevas entrevistas y el estudio de otras publicaciones, creemos que el siguiente análisis exploratorio permite reconstruir los trazos gruesos de la discusión en el interior del partido.

a. La tendencia insurreccionalista

En enero de 1969 sale a la luz el primer número de *Teoría y Política*, donde se incluye un artículo titulado “Espontaneidad y conciencia de clase”, escrito por Andrés Marín. El texto intenta explicar cómo se produce el desarrollo de la conciencia de la clase obrera. En forma sintética señala que el interés de clase no está determinado por el nivel de la conciencia sino que responde objetivamente a la posición en la estructura. Sin embargo, ello no significa que lineal y directamente la clase obrera se posicione como clase revolucionaria al estar divorciada de los medios de producción. Es decir, se hace necesaria una mediación para que el interés de clase se torne consiente. La clase obrera por sí sola no podría superar la “conciencia tradeunionista”, es decir económico-sindical: aquella cuyo límite es la lucha por mejorar las condiciones de venta de su fuerza de trabajo sin poner en cuestión la explotación ni la división en clases. Por si sola no podrá develar la ideología burguesa (que oculta las desigualdades derivadas de la existencia de clases con intereses antagónicos) ni conocer la realidad (la explotación). Para ello se requiere, en primera instancia, de la existencia de una teoría capaz de producir el develamiento que supere la mera experiencia. Dentro del proceso de “desocultamiento”, el elemento esencial, según el autor, es la comprensión de la naturaleza burguesa del Estado como instrumento de dirección política y construcción de hegemonía: “La comprensión de la clase obrera de la función del estado burgués se convierte así en la determinación principal de la conciencia de clase.”

Ahora bien, ¿Cuál es la instancia que asegura la conexión entre la clase obrera y la teoría revolucionaria? El partido, responde el autor. Tomando como punto de partida las luchas reivindicativas de los obreros, que “constituyen la base indispensable” y expresan la conciencia espontánea, el partido debería involucrarse y vincularse a ellas para avanzar en el esclarecimiento de la conciencia. Y allí es cuando entra a jugar otra instancia de nucleamiento, el sindicato, que permitiría “establecer la unidad dialéctica entre las reivindicaciones inmediatas y el socialismo.”

De este modo los sindicatos, como instancia organizadora y de agrupamiento de la fuerza obrera, aparecerían como un terreno fértil para articular al partido con la clase, impulsando la disputa económica de defensa de los intereses inmediatos, pero posibilitando también la “educación de clase”. Particularmente, se llama a militar con más fuerza en las organizaciones sindicales directamente ligadas a las masas (cuerpo de delegados, comisiones internas, etc.) pues “la práctica revolucionaria de clase no penetra de ‘golpe’ en el movimiento obrero sino que debe ser introducida en cada huelga, en cada manifestación, es decir, es necesario introducir en cada lucha el principio de irreconciliabilidad de intereses entre la burguesía y el proletariado en las luchas sindicales”

Siguiendo esta línea el partido, en tanto vanguardia, se articula con los sindicatos para desarrollar una tarea de esclarecimiento de la conciencia, apoyándose en los múltiples espacios de conflicto para constituirse en dirección. El texto finaliza relacionando esta necesidad de la tarea propagandística en el interior de la clase obrera con la estrategia insurreccional. Se señala que si bien la lucha económica sindical no conduce necesariamente a la insurrección puede darse “en determinada situación, una huelga general que apunte a voltear un gobierno burgués, puede constituirse, si está dirigida por una línea de clase, en un eslabón decisivo para el acceso al poder de la clase obrera como clase dirigente en un sistema de alianzas.”

Deteniéndose en el análisis de los hechos acontecidos en 1968, el autor señala que parecería estar abriéndose una coyuntura favorable al crecimiento de los destacamentos políticos dado que la clase obrera se encuentra en una situación de penuria que estimula la actividad reivindicativa. Esto ocurre en un momento en que la economía capitalista se encuentra en un atolladero, con lo cual la disputa económica podría trocar en política. Así, se estaría insinuando una fractura entre las bases obreras y las direcciones sindicales tradicionales, dado que estas últimas no pueden lograr mejoras en las condiciones de explotación. Comenzaría a vislumbrarse la apertura de una coyuntura fértil para el despliegue de la tarea de esclarecimiento político de la clase obrera a partir del engarzamiento entre la lucha sindical, de un lado, y la acción del Partido y la teoría revolucionaria, del otro. En suma, se genera un contexto favorable para el despliegue de una estrategia de construcción sindical orientada hacia preparación de la insurrección.

En conclusión, el artículo evidencia la adscripción a una estrategia insurreccionalista que tiene como principal eje la construcción del partido revolucionario. Esto implica una tarea de articulación política entre la vanguardia y la clase obrera, lo que conlleva un arduo trabajo de inserción sindical y desarrollo de tendencias clasistas que permitan dar el salto cualitativo de la huelga económica a la huelga política de masas. En el impulso a las luchas obreras, el partido comienza a erigirse en dirección de las masas y a

propagandizar la teoría revolucionaria para producir un avance en la conciencia que fluye de lo económico a lo político. Así se comprende la relación entre la construcción del partido, la propaganda y la insurrección. Cuando el partido logra desnudar a los ojos del proletariado la naturaleza de las relaciones sociales en las que está inmerso, la huelga económica puede devenir en política y tender de ese modo hacia la insurrección.

b. La propaganda armada como táctica para la insurrección

El número 2 de *Teoría y Política*, del bimestre marzo-abril de 1969, contiene una suerte de dossier de debate estratégico. Allí encontramos artículos que defienden la postura guerrillera (que será objeto de análisis del próximo acápite) y una posición intermedia que, pese a plantear una estrategia insurreccional, defiende la necesidad de construir destacamentos militares y realizar acciones de propaganda armada. Nos detendremos en los artículos que refieren a esta segunda.

El primero de los artículos se titula “Problemática insurreccional” y fue escrito por Juan Petri. El escrito parte de afirmar la posibilidad de la revolución en la Argentina y reconoce que la vía para su concreción es insurreccional. (Petri, 1969: 60)⁴ Se indica allí la dinámica de toda revolución: “creemos posible distinguir en todas las revoluciones dos grandes momentos que eslabonan dialécticamente un momento pre-insurreccional y un momento insurreccional, entendiendo por momento insurreccional, la guerra insurreccional con todas las implicancias militares y políticas que la categoría guerra tiene en su acepción clásica, diferenciándola de la categoría violencia política en general.”

El desarrollo y la articulación histórica de ambos momentos requeriría de la existencia de un “partido insurreccional” que aglutine a las masas y las prepare para el estallido revolucionario. En ese camino, se debe ir preparando también para la tarea militar:

“[El] partido insurreccional en el período pre-insurreccional [debe ganar] a una parte de la masa para el objetivo de la insurrección armada y el socialismo, con el objeto de incidir en el momento de agudización máxima de las contradicciones económicas, sociales y políticas y de ascenso revolucionario de las masas; desatando entonces un proceso revolucionario que transforme al partido insurreccional en ejército insurreccional capaz de desatar la guerra insurreccional; acrecentando aún más el ascenso de la conciencia, la organización, la combatividad, el entrenamiento y el armamento de una parte de la masa revolucionaria; ahondando las contradicciones económicas, políticas y sociales que repercuten e involucran a las clases dominantes determinando síntomas de descomposición en las mismas y en su aparato burocrático-represivo y en sus mecanismos de consenso, y, eventualmente, el pasaje de una parte de las fuerzas armadas a las filas de la revolución y/o neutralización de otro sector de las mismas. Este proceso conducirá a la iniciación de la guerra insurreccional.”

El eslabonamiento de estos dos momentos “de la conquista del poder político”, es ubicado cronológicamente en los casos de Rusia (febrero-octubre de 1917),

⁴Todas las citas corresponden a esta publicación hasta que se indique lo contrario.

China (1936- 1946), Vietnam (1940-1946) y Cuba (diciembre 1956-mediados de 1958). Pese a las diferencias entre estas cuatro experiencias revolucionarias, para el autor existiría un “hilo conductor” que subrayaría la generalidad. Más allá de que en Rusia se haya construido un gran partido comunista y que en China la forma haya sido la de un gran ejército guerrillero campesino, ambas experiencias habrían apuntado a desatar una insurrección armada y, por ende, construyeron sendos “partidos insurreccionales”. Por otra parte, se critica al “voluntarismo” y “subjetivismo”, es decir, a aquellas desviaciones guerrilleras que suponen que la constitución de un foco guerrilleros puede llevar adelante la revolución incluso allí donde no estén dadas las condiciones subjetivas:

“En el último decenio latinoamericano, luego de la revolución cubana, los intentos fundamentales de iniciar un camino insurreccional han sido los focos guerrilleros. [...] Sin embargo, en lo fundamental, han fracasado. Creemos que este fracaso se ha debido esencialmente a una incorrecta valoración de las leyes de construcción de un partido insurreccional en general, y en la época actual latinoamericana y mundial en particular; incorrecta articulación de la lucha de clases y la lucha armada; de lo objetivo y lo subjetivo; de los momentos preinsurreccional e insurreccional.”

El error de organizaciones foquistas, como la de Marighella en Brasil, y Tupamaros en Uruguay, estaría dado por la carencia de una línea de masas. Es decir, no se descarta de plano el accionar armado guerrilleros, sino que se critica que dicha propuesta no esté acompañada de la construcción del partido: “[Marighella y Tupamaros] orientan su accionar hacia la generación de conciencia y organización revolucionaria a través del accionar político armado, constituyéndose por ese camino en un embrión de ejército revolucionario. Sin embargo, al no accionar en la política de masas (sindical, estudiantil, campesina, etc.), persisten en uno de los errores que originaron el fracaso del intento foquista del último decenio latinoamericano.”

En suma, lo que vemos es una apuesta insurreccional que contempla como táctica el despliegue de formaciones armadas previas a la insurrección. De allí que se critique la constitución de organismos armados ajenos a las masas.

El último apartado del artículo condensa las conclusiones fundamentales de este planteo. Por un lado, el autor entiende al PCR como el “destacamento de vanguardia” del proletariado argentino y, como tal, debería llevar adelante la tarea de descubrir “las leyes de la guerra revolucionaria en la Argentina”. Ahora bien, la complejidad de dicha tarea estaría dada por las características del país:

“A nuestro entender, el Partido accionará políticamente bajo dos formas principales: la de masas y la armada. Ambas buscarán –de distinto modo– generar conciencia y organización, elevando al plano político la lucha económica espontánea de las masas. Este accionar, con el mismo contenido esencialmente político, tendrá como escenario principal las grandes ciudades, y como escenario secundario –no prescindible– al campo. A través del accionar político de masas y del accionar político armado, se propagandizará la violencia revolucionaria, la insurrección armada, el socialismo y el comunismo. Combinando ambas formas de accionar, el Partido hegemonizará la resistencia a la represión de las luchas obreras y populares por parte de la dictadura.

Creemos que ambas formas no son contradictorias, sino complementarias; en ese sentido, consideramos al Partido en su conjunto, y particularmente a sus direcciones, no una suma mecánica de formas de accionar, sino una síntesis estratégica, teórica, política y militar.”

Al combinarse tanto las actividades de masas como las armadas, el partido deberá dotarse tanto de “agrupaciones, tendencias sindicales, sindicatos, centros y federaciones estudiantiles” como de una “subestructura en cuadros de oficiales, logística, instrucción, entrenamiento, información, planificación militar estratégica y táctica, trabajo con las fuerzas armadas.” En esta concepción, aparece la apelación a la propaganda armada como elemento para el desarrollo de la conciencia. Este elemento estaba ausente en el artículo de Andrés Marín, un artículo que justamente abordaba la cuestión de la formación de conciencia. Por tal motivo, la ausencia de menciones a la propaganda armada no parecería fruto de un descuido u olvido, sino una decisión deliberada de descartar esa vía como elemento para la construcción del partido. En ese plano aparece la diferencia sustantiva entre las dos corrientes. Mientras que la primera apela a la construcción de un gran partido con inserción sindical, la segunda señala la necesidad de complementar dicho desarrollo con la construcción de un brazo armado que lleve adelante tareas militares.

El segundo artículo del dossier, “Observaciones para el debates sobre la vía armada en la argentina”, fue escrito por Mariano Martín. Este texto se inicia afirmando que la vía armada es la única posibilidad para el éxito de la Revolución en la Argentina. Remitiéndose a Lenin se afirma que, dada la preponderancia del proletariado en el país, la forma que tendrá que adquirir el proceso revolucionario es el de insurrección. Esto contrasta con el llamado modelo cubano, en el cual el predominio del campesinado determinó la estrategia de foco guerrillero. En la Argentina existirían sectores campesinos numerosos, aunque no determinantes en la estructura del país, lo que implica que eventualmente el partido deberá apelar a la creación de focos guerrilleros:

“La ayuda del campesinado será táctica y estratégicamente importante para el alzamiento del proletariado y sólo la conjunción de estas dos fuerzas con los sectores revolucionarios de las capas medias, logrará neutralizar a sectores reaccionarios vacilantes tales como el de los campesinos ricos, y conformar la fuerza que decida el triunfo final. Esto exige elevar desde ahora políticamente al campesino y crear condiciones, apoyándose en su situación objetiva, para desarrollar en esos sectores la lucha guerrillera que sirva de apoyo en el campo y particularmente en zonas montañosas y selváticas, a la futura insurrección y resistencia.” (Martín, 1969: 122)⁵

El despliegue de la lucha guerrillera también sería de gran contribución al desgaste del aparato represivo y dispersión de las fuerzas del Estado, así como para propiciar un vínculo de “solidaridad internacional con nuestra revolución” en los países fronterizos, “sentando bases para la coordinación y la acción común”. Pero, más importante aún, con ello se facilitarían varias cuestiones en torno a la preparación de la insurrección urbana, siempre y

⁵Todas las citas corresponden a esta publicación hasta que se indique lo contrario.

cuando el partido revolucionario se aboque a un estudio profundo de las condiciones concretas:

“El partido tiene que prestar especial atención a estas zonas para que puedan ser puestas en acción en el momento oportuno (en lo posible antes de la insurrección). (...) Por ejemplo, regiones como Tucumán, a las que tradicionalmente se ha considerado como indicadas para la instalación de guerrillas móviles que liberen zonas, parecerían ser más aptas –por lo menos en una larga primera etapa- para la instalación de “guerrilleros de la noche”, sobre todo teniendo en cuenta la distribución del campesinado pobre y del proletariado rural en vinculación al tipo de producción y a la topografía de la zona.”

Por todo lo expuesto y analizado, el autor concluye que “el partido debe centrar el eje de su actividad en la preparación de la insurrección armada en las grandes ciudades y debe concebir la preparación de guerrillas como parte concurrente a esta tarea central.”

De este modo, la preparación insurreccional deberá ir acompañada de la

“Acción organizada de una fuerza estrictamente clandestina, que vaya señalando y preparando más específicamente, el camino de la insurrección. Esa fuerza debe actuar en tres sentidos: 1) Propaganda armada, para desarrollar hacia el ángulo insurreccional la conciencia de las masas, mostrándoles que el aparato estatal no es invencible. Propaganda que, aunque desde un paso más adelante, no debe desligarse sin embargo del grado de conciencia de las masas, particularmente en un país como la Argentina, donde no hay tradición reciente de lucha armada. En este sentido, es necesario aprender de la habilidad táctica de los Tupamaros, particularmente en algunas de sus operaciones, como el secuestro de Pereyra Reverbel, o de los libros contables de una empresa uruguaya. 2) Desarrollar y construir con mucha antelación la infraestructura de la futura insurrección. 3) Desarrollar una sistemática y amplia labor de inteligencia, que es una de las principales armas populares, frente al desarrollo de la moderna técnica militar y a la necesidad de desgastar el aparato enemigo.”

Si bien vemos que se defiende la necesidad de propaganda armada y de construcción de una infraestructura militar para el partido, no se cae en el guerrillerismo puro sino que esta estructura se complementa con la construcción del partido insurreccional. Al igual que en el artículo de Petri, vuelve a manifestarse la crítica al “voluntarismo” (adjudicado nuevamente a Tupamaros) y a enfatizarse la necesidad de un trabajo en la conciencia, para lo cual cobra sentido la construcción del partido. Dicha estructura deberá emprender un arduo trabajo de “orientación”, golpeando sobre el movimiento de masas con denuncias políticas amplias y con acciones de clase y “populares” de mayores dimensiones. Bajo esta influencia las masas entrarían en un proceso de “diferenciación y radicalización”. Esto implicaría, entonces, no centrarse sólo en el sector industrial, sino también orientar la actividad del partido hacia los sectores no proletarios como los estudiantes.

Como se desprende de todo lo dicho, las tareas políticas y las militares se funden entre sí y requieren, nuevamente, de la construcción de dos frentes en

el mismo partido. El partido revolucionario debe desenvolverse en todos los terrenos (teórico, político, económico, organizativo y militar), pero con eje central en el político:

“El desarrollo de la crisis objetiva y la acción del partido de vanguardia conducen a la situación revolucionaria directa. Esta acción persigue el objetivo de acumular fuerzas políticas y militares necesarias para que, en el momento de la crisis revolucionaria, exista una organización capaz de llevar a la clase obrera y a las masas populares a la lucha armada y al poder. Este objetivo se relaciona dialécticamente con el de insertarse en el de la clase y de los otros sectores socialmente revolucionarios, para elevar su nivel político y conducirlo a desgastar el aparato de dominación de las clases opresoras. Finalmente, estos condicionan, a su vez, al objetivo de preparar las condiciones políticas y militares para desatar la insurrección.”

Sintetizando, el planteo propio de esta corriente está determinado por la forma insurreccional de la revolución que implica la necesidad de construcción de un partido que asuma la tarea política de articulación con las masas, pero que no descuide el desarrollo del frente militar (ya sea guerrilla o células urbanas clandestinas) a fin de llevar acciones de acumulación y pertrechamiento, y desarrollar conciencia por medio de la propaganda armada. En suma, un partido con un brazo armado.

c. La tendencia guerrillerista⁶

En el dossier antes mencionado de la revista *Teoría y Política* número 2, encontramos una nota escrita por Mauricio Malamud y Luis María Aguirre, quienes firman bajo los seudónimos “Camilo” y “Gervasio Zárate”. El texto está escrito a partir de la recuperación de los conceptos teóricos de Louis Althusser para defender la lucha armada y especificar “la táctica para el logro de un objetivo estratégico compartido: conquistar Latinoamérica para el socialismo en un proceso de lucha armada inaugurado continentalmente por la Revolución Cubana.” (Zárate, 1969: 33)⁷ Se trata de un esfuerzo teórico desde el marxismo althusseriano, al que se le incorpora el pensamiento de Lenin y Clausewitz, para darle justificación a la lucha armada.

En este planteo, la acción revolucionaria se combina en dos planos íntimamente relacionados: el teórico y el militar. La lucha armada tendría un objetivo político: “[la] liquidación del enemigo, toma del poder, destrucción del estado burgués, instauración del modo de producción socialista.” Por otro lado, se desarrolla el frente de lucha ideológica, estrechamente vinculado a la guerra:

“Esta lucha [que] tiene por objeto transformar la conciencia espontánea [se desarrollaría] en una doble vertiente articulada: 1) es lucha por el debilitamiento interno del enemigo, procurando la neutralización y conquista de su retaguardia, como condición para poder pasar al ataque directo para la toma del poder; 2) es lucha por transformar en conciencia revolucionaria la

⁶En este acápite seguimos los planteos de Grenat, S. (2010), capítulo 3.

⁷Todas las citas corresponden a esta publicación hasta que se indique lo contrario.

conciencia de la clase con la que se operará en la lucha y de la masa en que se apoyará logísticamente el combate.”

Ambos formas confluirían en el desarme del enemigo, dado que “el desarme del ‘enemigo’ se juega así a un doble nivel: desarme a nivel material para arrebatarse armas, en cuanto instrumentos técnicos de la guerra, y desarme a nivel ideológico, neutralizando a unos sectores y ganando como combatientes a los componentes de la clase que hará la revolución según cada país.”

Esto se traduciría en la creación de una organización de lucha que funcione como un “estado mayor político/militar de la clase obrera” y reclute militantes asegurando “una conciencia revolucionaria en el hombre que empuñe el arma.” Cerrando el artículo, se reivindican las experiencias de Vietnam, Corea y Cuba. Por tal motivo adhieren a la consigna de “crear dos, tres, muchos Vietnam”, lanzada por Ernesto Guevara a la Tricontinental, en abril de 1967. El acierto de Guevara radicaría en dos elementos. Primero, en su llamado a construir múltiples centros de lucha que obliguen al imperialismo a dispersar sus fuerzas propias. Segundo, impulsaría a los países socialistas a abandonar la dicotomía paz/guerra y definir una estrategia de lucha armada.

Intentado realizar una formulación estratégica positiva, se señala que:

“La lucha de clases como lucha política se expresará estratégicamente [...] como lucha armada con hegemonía de la clase obrera [además] deberá tener en cuenta y adaptarse a dos características demográfico-sociales que presenta a grandes rasgos nuestro país: 1) zonas urbanas de gran concentración obrera; 2) zonas de campesinado pobre y obreros rurales numerosos [...] cada uno de estos escenarios engendrará formas de luchas distintas [...] que las formas urbanas decidirán en última instancia.”

La Argentina adquiriría características similares a la experiencia rusa insurreccional de 1917. Pero se diferencia porque el capitalismo no está atravesando una fase de agotamiento como en la Primera Guerra Mundial. El enemigo aprendió de esa experiencia y se han dado avances notorios en materia armamentística. Teniendo en cuenta estos condicionantes, las tareas revolucionarias serían necesariamente tareas militares:

“la formación técnica para la lucha armada: conocimiento del desarrollo alcanzado por los medios bélicos [...] dominio de sus características y manejo, y réplicas posibles antes y después de su posesión; [...] operar militarmente con anterioridad al momento de la insurrección: a) como paso previo obligado para la capacitación de la fuerza inicial de choque destinada a enfrentar y romper el aparato represivo estatal; b) por ser necesario debilitar en forma directa al enemigo en el periodo pre-insurreccional inmediato al momento mismo de nuestra ofensiva general; [...] la creación previa de tal ejército popular [con la fuerza suficiente] para que, al mismo tiempo que asuma la realización del ataque decisivo, sea el basamento [...] que absorba y estructure [...] al Ejército Popular en máxima extensión y masividad para el enfrentamiento de la contra revolución [...] el dominio de las leyes de la guerra de movimiento y guerra de guerrillas [y] arbitrar [...] una extensa base operacional favorable [tomando] la clandestinidad como norma.”

Partiendo de estas definiciones, los autores sostienen que la lucha comprende una fase preparatoria donde la lucha legal no es descartada pero sí supeditada a las acciones militares. Estas acciones buscan “[la] capacitación para la lucha armada, [la] capacitación ideológica de las masas para ganar su conciencia para la acción revolucionaria, [y el] debilitamiento indirecto del enemigo.” Vemos aquí como esta corriente se distancia plenamente del insurreccionalismo y desconoce la importancia de la construcción del partido y su articulación con las masas por medio del desarrollo de frentes de superficie como el sindical. La vía para la revolución, para el desarrollo de la conciencia política de la clase obrera, sería la acción armada de propaganda. De este modo, la tarea de los destacamentos políticos que operen en la Argentina pasaría por el inicio inmediato de la lucha armada para la preparación técnica, el desarrollo de la conciencia y el enfrentamiento con el enemigo. En conclusión, Malamud y Aguirre defienden una línea que apunta a la formación de grupos armados clandestinos como elemento articulador de la estrategia.

Saldo del debate. La definición insurreccionalista del PCR.

Como hemos visto en el acápite anterior, a la ruptura con el PCA le siguió una etapa de profundo debate estratégico en el interior del CNRR-PCR. Sin embargo, al poco tiempo esa discusión comenzó a saldarse. La agudización de las contradicciones sociales y el ascenso de masas iniciado a partir del Cordobazo de mayo de 1969 significaron la apertura de una nueva etapa en la Argentina. Las masas comenzaban a mostrar que se habían agotado los caminos institucionales y protagonizaban acciones insurreccionales. Al calor de esos hechos, el CNRR-PCR comenzó a cristalizar una estrategia definida. Del 11 al 14 de diciembre de 1969 se celebró en la ciudad de Córdoba, el Primer Congreso del PCR. Allí se delinearon las definiciones programáticas de la organización y comenzó a clarificarse la cuestión estratégica. Lo primero que se definió fue la opción por la insurrección y la condena de la estrategia foquista o guerrillera:

“Nosotros trabajamos por la construcción de ese Frente de Liberación Social y Nacional. Su programa es el programa que propone el proletariado para su fase agraria, popular, antiimperialista y antimonopolista de la revolución. El programa del frente incluye la forma revolucionaria de acceso al poder: la insurrección. Así como la propuesta burguesa de frente incluye su vía de acceso al poder: la pacífica o el golpe de Estado, y la propuesta pequeñoburguesa incluye la suya: la guerrilla urbana y rural” (PCR, 2003: 355)

En efecto, esta definición estratégica va a significar la expulsión del grupo que defendía el camino de la guerrilla, nucleado alrededor de la figura de Luis María Aguirre (apodado “Lucho” o “Zárate”). Fiel a aquello que habían definido como vía a la revolución, el grupo de Zárate terminará formando parte de las FAL, una organización que durante buena parte de su trayectoria se caracterizó por la realización de acciones armadas urbanas como mecanismo de propaganda. Sin embargo, aún no terminaba de clarificarse por completo la posición respecto de la dinámica de la insurrección. En este sentido, aún convivían las dos corrientes que defendían la construcción del partido revolucionario: “todo eso se define en el primer Congreso con la oposición del ‘Lucho’ Aguirre, ése

es el grupo que se opone ahí, no Saiegh. Saiegh plantea acordar con lo de la insurrección pero hacer la propaganda armada [...] porque venía un tipo y te decía: 'bueno, esta bien la insurrección, pero podemos hacer propaganda armada para llegar, creamos conciencia armada. ¿Cómo se crea conciencia? Esa era la discusión'." (Entrevista a "Jose", Archivo Oral del CEICS, diciembre de 2006)

En *Teoría y Política* número 3 se publica un balance del Cordobazo que reafirma la línea insurreccionalista. Allí se señala la importancia de dar la disputa ideológica en el seno de la clase obrera para lograr que ésta rompa con el reformismo. El Cordobazo dejó como lección la necesidad de lograr una dirección consciente del proletariado por medio de la construcción del partido. Pero la cuestión militar siguió estando presente con cierta indefinición: "la principal debilidad no reside entonces en que estas masas no tengan armas sino en que carezcan de una organización política reconocida como dirigente, capaz de conducir las hasta las armas." (Marín, 1970: 16) La frase es ambigua y el escrito en cuestión no termina de definir si se requieren acciones armadas en el momento previo a la insurrección.

En el mismo sentido se ubica el artículo "Preparar la insurrección", de Mariano Martín (seudónimo de Sergio Rodríguez, que posteriormente sería expulsado del PCR). Ante el Cordobazo y el Rosariazo, se afirma la necesidad de redoblar la acumulación de fuerzas para la insurrección mediante la inserción del partido en las luchas cotidianas de las masas. Paralelamente, discute con el guerrillerismo señalando que la insurrección no se logra con "audaces acciones armadas" y que "las masas no serán dirigidas por quien esté mejor preparado desde el punto de vista militar sino por quien haya demostrado en la práctica que su línea política es la mejor, lo que solo puede ocurrir si a la vez se es capaz en el terreno concreto de la lucha armada". (Martín, 1970: 25-26) En ese sentido defiende la idea de trazar alianzas con organizaciones guerrilleras para que sirvan de apoyatura a la insurrección, y la necesidad de emprender acciones de propaganda armada y abastecimiento. Del mismo modo, se indica la necesidad de militar las Fuerzas Armadas para producir un quiebre en ellas y ganarlas para la insurrección. Este artículo entonces remite a la tendencia insurreccionalista que reconoce la necesidad de llevar a cabo cierta práctica militar previa a la insurrección. La publicación de estos dos artículos parecería avalar la hipótesis de que la discusión aún no estaba saldada.

A pesar de la indefinición en materia insurreccional, la acción concreta del PCR durante estos años parece orientarse hacia la tendencia insurreccionalista sin acciones de propaganda. En efecto, no se producen acciones de este tipo con firma y, en oposición, comienza a desarrollarse, cada vez con mayor intensidad, una importante inserción sindical. El epicentro de este trabajo sindical es Córdoba y las Agrupaciones Primero de Mayo, adscriptas al partido. Serán los militantes sindicales del PCR los que dirijan la toma de la fábrica Perdriel en la primera mitad de 1970. Frente la reticencia de la patronal para reconocer a los delegados electos, los trabajadores decidieron tomar la planta manteniendo como rehenes a los directivos y defendiéndose con bombas molotov. El resultado fue un triunfo, que posibilitó la reincorporación y el reconocimiento de los delegados.

El rol dirigente del partido en este conflicto resultó fundamental para definir el debate estratégico en favor de la posición insurreccional. Ya para agosto de ese año, se realiza un balance sobre el hecho que atestigua un creciente

distanciamiento de la cuestión armada y una adhesión más marcada al insurreccionalismo. Allí se celebra “el surgimiento, incipiente pero tangible, de agrupaciones sindicales clasistas que en algunas empresas, y en algunas de las luchas reseñadas, lograron transformarse en alternativa política, revolucionaria, frente a los jefes sindicales y al reformismo”. (PCR, 2003b) Paralelamente se critica a FAL, organización creada por Aguirre y Malamud, expulsados del PCR por su adhesión a la línea guerrillera. A ellos les achaca realizar acciones militares sin tener inserción en las masas, lo que expresaría nuevamente una tendencia al voluntarismo. Esa discusión se sintetiza en una clara consigna “Más vale un Perdel que cien secuestros”, que está dando cuenta de la imposición de la estrategia insurreccional en el debate interno.

Los números 6 y 7 de *Teoría y Política*, publicados en 1971, atestiguarían este movimiento del PCR. En el número 6 aparece el artículo “Notas sobre el militarismo peronista”, firmado por Rodolfo Sáenz. Allí se despliega una crítica al programa y la estrategia de las organizaciones armadas vinculadas al Peronismo, como fueron Montoneros, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR). Nos detendremos exclusivamente en la cuestión estratégica. En ese punto se les critica el desarrollo de un aparato militar al margen de las masas. Eso las llevaría a sostener que

“La construcción de agrupaciones clasistas carece de importancia, igual que el combate por barrer de las direcciones sindicales a los agentes de la burguesía, entregadores y reformistas. Las ocupaciones de empresa y el combate contra la represión, la planificación consiente y creciente de la política insurreccional para que desarrolle el camino de los Cordobazos y la formación al calor de ellos, de las milicias obreras, base real y efectiva de la fuerza armada que destruirá al estado opresor: todo ello se descarta despectivamente.” (Saenz, 1971: 39-40)

Como saldo, caracteriza a estas organizaciones como “foquistas”, incapaces de erigirse en la práctica como una alternativa de poder por su excesivo militarismo. Más allá de esta crítica al guerrillerismo, que ya se ha visto en artículos anteriores, se realiza una formulación explícita de insurreccionalismo que desestima todo uso táctico de acciones armadas. Se define la insurrección como una estrategia de acumulación de fuerzas que evita la separación entre lo militar y lo político, pues implica la utilización de “los métodos de la violencia revolucionaria en las luchas obreras, estudiantiles y populares”. (Saenz, 1971: 43)⁸ El impulso a los levantamientos populares como el Cordobazo, dotándolos de carácter ofensivo al fijarles objetivos políticos y militares (centros de gobierno, órganos represivos, etc.) iría desgastando al Estado pero también generando en la clase experiencia política y militar. Esa práctica permitiría gradualmente el surgiendo de milicias obreras o populares, ya no como construcción deliberada del partido sino como emergente del proceso de lucha de clases. El partido no sería quien dispone la creación de organismos de lucha urbana, sino que acompaña y dirige a la clase que empieza a realizar su experiencia militar. De igual modo, acompaña esta lucha y experiencia de otras fracciones de clase, como el campesinado y su desarrollo de guerrillas rurales. Paralelamente se buscará el trabajo ideológico en las Fuerzas Armadas para

⁸Todas las citas corresponden a esta publicación hasta que se indique lo contrario.

quebrar a la base con la oficialidad y nutrir el “ejército revolucionario insurreccional”.

En este sentido, “no hay declaración de guerra voluntarista, basada en el nivel operativo alcanzado por el grupo, que pueda contraponérsele seriamente. Sólo este proceso permite llegar a la creación de organismos de unidad revolucionaria del pueblo en armas, verdadero doble poder en condiciones de disputar el suyo a los explotadores.” De este modo, parece estar saldándose la discusión en el interior de la estrategia insurreccionalista: ya no encontramos la propuesta de conformar un brazo armado del partido como soporte de la insurrección, sino el impulso de la insurrección que culminará en un levantamiento del “pueblo en armas” dirigido por el partido para la toma del poder.

El artículo “Algunas conclusiones sobre el segundo Cordobazo”, firmado por Emilio Gardela, publicado en *Teoría y Política* número 7, se orienta en el mismo sentido. Allí se esboza una crítica a las organizaciones político-militares de la etapa, y parece avalar la cristalización de la estrategia insurreccionalista. El llamado Viborazo de marzo de 1971, un nuevo hecho insurreccional en Córdoba, parece darle mayor solidez a la estrategia del PCR. Lo novedoso del artículo es el señalamiento que se hace respecto del Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP). Allí se manifiesta con claridad la adopción de una estrategia insurreccionalista que prescinde de la producción de hechos armados. En primer término, se le critica al PRT-ERP que su inserción sindical no persigue el objetivo de erigirse en dirección de la clase, sino desarrollar su estructura militar: “cuando el ERP se expresa en política sindical, sus propuestas están siempre muy atrasadas con respecto al estado de radicalización alcanzado por los obreros cordobeses. Mientras los militantes del PCR y de las Agrupaciones 1º de Mayo tratan de profundizar y desarrollar toda nueva experiencia de lucha, los militantes del ERP sólo se preocupan por lograr una nueva cobertura logística para sus acciones armadas.” (Gardella, 1971: 18)⁹

En segundo término, y más importante aún, el artículo elimina de plano la posibilidad que el PCR desarrolle alguna formación armada:

“En Córdoba [las acciones del PRT] suscitaron la simpatía de la clase obrera y de algunas direcciones clasistas. Esta actitud posibilitó el surgimiento de la ‘teoría del empate’: afirmando que el PCR posee una línea correcta y eficaz en la lucha sindical y el ERP una organización eficaz en el aspecto militar, se trataría –para quienes, entre el activo obrero cordobés, formulan esta ‘teoría’- de promover una complementación entre ambas organizaciones. Es imprescindible combatir esta concepción porque no comprende que se trata de dos estrategias radicalmente distintas. Y estas diferencias se verifican prácticamente. Para el PRT la cuestión es “mostrar” (esta palabra aparece reiteradamente en sus documentos) a las masas, por medio de acciones espectaculares, las posibilidades de la acción armada. Por eso asignan a estas masas la función de “formación de grupos de apoyo al ERP”, encargados de cumplir tareas tales como recibir los camiones de alimentos, distribuirlos, ayudar a los comandos a salir del barrio u ocultarlos, no suministrar datos o dar información falsa a la policía. Concretamente, no sería necesario que la masa

⁹Todas las citas corresponden a esta publicación hasta que se indique lo contrario.

ejerza la violencia: basta con que ayude a los grupos especialmente adiestrados para que ejercerla en su nombre.”

La cita parece, nuevamente, avalar la hipótesis de la adopción de una estrategia insurreccionalista “pura”. Explícitamente se descarta, a través del rechazo de la complementación entre PCR y ERP, la construcción de un brazo armado del partido. De este modo, a partir del seguimiento de la revista *Teoría y Política*, se observa la clarificación de la estrategia del PCR. A partir del desarrollo de hechos insurreccionales de masas como fueron el Cordobazo y el llamado Viborazo o Segundo Cordobazo, y de la profundización de la inserción sindical del PCR (manifestada en la toma de Perdriel), parece comenzar a ganar primacía la corriente insurreccionalista que descarta la realización de acciones armadas previas a la toma del poder.

Palabras finales

La constitución del PCR estuvo signada por profundos debates en materia de estrategia política. La ruptura con el PCA fue determinada por el rechazo a la línea pacifista y reformista del partido que, siguiendo los lineamientos del PCUS y su XX Congreso, apostaba al parlamentarismo y el gradualismo. El impacto de la Revolución Cubana mostró a los jóvenes militantes de la rama juvenil del partido que la transición al socialismo por la vía violenta era una posibilidad exitosa. Progresivamente el debate sobre el pacifismo y la violencia fue haciéndose cada vez más explícito y derivó, finalmente, en la expulsión de unos 4.000 militantes.

La formación del CNRR no significó el fin del debate estratégico, todo lo contrario. Saldada la discusión a favor de la vía violenta para la revolución, emergieron importantes diferencias a la hora de especificar el contenido y forma en que debía administrarse dicha violencia. Estudiando la revista *Teoría y Política* hemos encontrado que en sus páginas se filtran al menos tres corrientes en oposición. Por un lado, la tendencia insurreccionalista “pura” que defiende la construcción del partido como herramienta para el desarrollo de la conciencia de la clase obrera, a partir de la adopción de la teoría revolucionaria del materialismo dialéctico e histórico. Ello implicaba la necesidad de estrechar las relaciones entre la vanguardia y la clase por medio de la construcción de verdaderas corrientes clasistas. La inserción sindical fue la piedra angular de esta posición, pues el sindicato era la instancia fundamental de articulación con la clase. Por otro lado, encontramos en el otro extremo una tendencia guerrillera que culminaría en una nueva ruptura, esta vez en el seno del PCR, que cristalizaría con la expulsión de Zárate y sus seguidores que se incorporarían a las FAL. Esta propuesta tenía como eje central la constitución de células urbanas clandestinas que, mediante una compleja justificación teórica, llevarían al mismo tiempo una lucha teórica-política y una lucha militar. El uso de conceptos althusserianos sirvió para justificar una propuesta que ponía el acento en la propaganda armada como mecanismo para el despertar de la conciencia. Por último, en el medio de ambas tendencias se gestó una tercera. Tomando como estrategia fundamental el camino de la insurrección, y por ende la necesidad de la construcción de un partido vinculado a las masas, defendió también la formación de organismos armados como mecanismo de

desarrollo de la conciencia y para el pertrechamiento de armamento y conocimiento técnico-militar.

Entre 1969 y 1972 esta discusión pareció comenzar a resolverse al calor de la evolución general de la lucha de clases. El impulso insurreccional de las propias masas en la Argentina, con el Cordobazo y el Viborazo, manifestaron en el interior del PCR la justeza de una estrategia que buscara acompañar e insertar al partido en ese camino. En la práctica comenzó a desplegarse una creciente inserción sindical que no fue acompañada por la realización de acciones armadas firmadas por el partido. La toma de la fábrica Perdriel evidencia este hecho y termina de corroborar el movimiento en la estrategia que parece volcarse de lleno a la primera tendencia mencionada. Este cambio se sintetiza en la consigna “Más vale un Perdriel que cien secuestros”.

Sin embargo, la cuestión militar no desaparece puesto que no hay un retorno al “pacifismo” del PCA. En efecto, la estrategia insurreccionalista “pura” no desconoció la existencia de un momento militar en la revolución. Lo que rechazó fue la construcción de un brazo militar del partido dado que el enfrentamiento militar sería un momento posterior a la insurrección. Defendió la idea de “pueblo en armas”, es decir de la práctica que militar que nace de la propia clase como resultado de su experiencia política práctica y que no es impuesta desde fuera, aunque sí dirigida por el partido al momento de la insurrección.

Si bien este trabajo es un primer acercamiento al problema, y como tal amerita un estudio de fuentes complementarias para terminar de ajustar la caracterización de las tendencias, lo que queda palmariamente de manifiesto es la existencia de un profundo debate estratégico en la década del '70. A diferencia de lo que suele mostrar la historiografía dedicada al estudio de la etapa, la construcción de organismos político-militares no fue la única opción que llevaron adelante los distintos destacamentos políticos. Existieron, rivalizando con las estrategias guerrilleras, organizaciones como el PCR que apostaron a estrategias de tipo insurreccionalistas, cuyo desarrollo no fue menor.

Bibliografía y fuentes

- Brega, J. (1997). *¿Ha muerto el comunismo? El maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas*. Buenos Aires: Ágora.
- Carnovale, V. (2011). *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Caviasca, G. (2006). *Dos caminos. ERP-Montoneros en los setenta*. Buenos Aires: Ediciones del CCC.
- Entrevista a José, Archivo oral del CEICS, diciembre de 2006.
- Entrevista a Sergio Rodríguez, Archivo oral del CEICS, enero de 2010.
- Entrevista al “Rubio”, Archivo oral del CEICS, mayo de 2006.
- Gardella, E. (1971). Algunas conclusiones sobre el segundo Cordobazo, *Teoría y Política*. 7.
- Gillespie, R. (1998). *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Buenos Aires: Grijalbo.
- Grenat, S. (2009). Armas y revolución en la Argentina. *Razón y Revolución*. 19.
- Grenat, S. (2010). *Una espada sin cabeza. Las FAL y la construcción del partido revolucionario en los '70*. Buenos Aires: Ediciones ryr.

- Lanusse, L. (2005). *Montoneros, el mito de los 12 fundadores*. Buenos Aires: Vergara.
- Marín, A. (1969). Espontaneidad y conciencia de clase. *Teoría y Política*. 1.
- Marín, A. (1970). Informe sobre Córdoba. *Teoría y Política*, 3.
- Martín, M. (1969). Observaciones para el debate sobre la vía armada en la Argentina. *Teoría y Política*. 2.
- Mattini, L. (2003). *Hombres y mujeres del PRT-ERP de Tucumán a la Tablada*. La Plata: De la campana.
- Petri, P. (1969). Problemática insurreccional. *Teoría y Política*. 2.
- Pozzi, P. (2001). *Por las sendas argentinas... El PRT-ERP. La guerrilla Marxista*. Buenos Aires: Eudeba.
- Saenz, R. (1971). Notas sobre el militarismo peronista. *Teoría y Política*. 6.
- Salcedo, J. (2011). *Los montoneros del barrio*. Buenos Aires: Eduntref.
- Zárate, C. (1969) Ciencia y violencia. *Teoría y Política*. 2.
- Partido Comunista Revolucionario. (2003). Documentos aprobados por el Primer Congreso del Partido Comunista Revolucionario, Córdoba, 11, 12, 13 y 14 de diciembre de 1969. *Documentos aprobados desde la ruptura con el PC revisionista hasta el 1º Congreso del PCR 1967/1969*. Buenos Aires: PCR.
- Partido Comunista Revolucionario. (2003). Conferencia Permanente del PCR. *Documentos aprobados desde la ruptura con el PC revisionista hasta el 1º Congreso del PCR 1967/1969*. Buenos Aires: PCR.